

# CUENTO

1er. LUGAR

## La muerte llega siempre en las noches de invierno

por Margarita M. Pierini \*

---

*a la memoria de Rodolfo Walsh*

El hombre cerró la puerta del departamento y empezó a caminar. Detrás quedaban las voces enredadas en los tramos finales de una discusión; el ambiente enrarecido por el humo y la radio junto a la entrada que dejaba oír, en un volumen cuidadosamente calculado como para que no se filtrasen hacia afuera los sonidos de la reunión, la voz grave de la Tana:

Sur,  
paredón y después . . .

La calle desierta tenía algo de escenografía fantasmal, envuelta en una niebla que no llegaba a disolver la luz amarillenta de un farol. Le golpeó la cara una bocanada de viento sur, cargado de la humedad del Riachuelo. Claro, ya se había acabado el otoño. Esa era la época que más le gustaba de Buenos Aires, porque entonces uno de verdad se sentía vivo, lleno de energías, y no aplastado por el calor pegajoso del verano o hecho un ovillo alrededor de su propio cuerpo, como ahora en invierno. Además, estas madrugadas frías de junio siempre le traían malos recuerdos.

Menos mal que se había acordado a tiempo de sacar la campera gruesa. De todos modos, se iba a chupar un buen fresquete hasta llegar a Constitución. Pero era inútil esperar un colectivo a esa hora. Mejor se pateaba las veinte cuadras hasta el 84, y de paso entraba un poco en calor. En una hora ya estaba en su casa. Se vio por el pasillo largo, abriendo la puerta que siempre rechinaba un poco, y recibiendo en la cara los olores familiares, inseparables de la sensación de hogar. Y la voz de su mujer, semidespierta:

- ¿Qué tal, viejo, como llegaste?
- Muerto de frío, pero bien. Seguí durmiendo.

Y encontrar por fin el calor de la cama, y el calor de su cuerpo compañero. Sí, una hora nada más, y estaba allí.

Se puso a caminar rápido por Montes de Oca. Al rato tuvo que aflojar el paso. "El maldito pucho —penso—. Me fumé casi un atado esta noche. Voy a tener que cortarlo, ya no soy un pibe."

Menos mal que no se había quedado a esperar el colectivo. Diez minutos caminando y no había pasado un alma. Miró hacia atrás, un poco por hábito, otro poco para confirmar lo acertado de su decisión. Nadie.

Sur,  
paredón y después . . .

Se puso a silbar despacito, tratando de recordar cómo seguía la letra. Era curioso, el tanto parecía haberse escrito pensando en las calles de Constitución, bordeadas de paredones altísimos y herméticos. Se podía caminar cuerdas enteras sin encontrar una sola puerta.

"La que no aparece por ninguna parte es esa 'luz de almacén'. Ni de almacén ni de nada, carajo. Entre el Intendente que ha de estar en plan de austeridad, y las parejitas que rompen los focos, apenas ve uno dónde pisa."

Ahora pasaba frente a la iglesia de Santa Lucía. Se acordó del cura que siempre caía por la oficina para vender la rifa de un auto a beneficio de los pobres de la parroquia. Buen tipo el hombre, pero no había forma de sacudirse el pechazo. A lo mejor estaba todavía allí. Lo bueno es que a él, por lo menos, ya le había perdido la pista. Si no, seguiría comprándole como un boludo ese número que nunca salía, pero era el que seguía su viejo hasta que se murió.

De pronto vió el coche. Más bien lo presintió, como si le hubieran salido ojos en la espalda. Se inclinó, haciendo que ataba un cordón del zapato, para echar una mirada hacia atrás. Pero ¿por dónde había aparecido? Si estaba seguro de que un momento antes la calle era un desierto. ¿Lo habrían visto salir de aquella casa? Con eso del frío no pensó más que en subirse el cuello de la campera y taparse hasta los ojos. A lo mejor por eso ni se dio cuenta de que lo estaba siguiendo. Porque la marcha del Falcon gris era inconfundible, lo mismo que esas tres figuras confusas que se adivinaban en la oscuridad.

"Te estás volviendo viejo —pensó—. Tenías que haberte dado cuenta antes. A ver cómo te las arreglas ahora."

Y sintió un gusto agrio que le llenaba la boca.

Una cuadra más adelante se dibujaba la escalinata de la Casa Cuna. Se acordó de que enfrente había un café donde siempre tomaba el desayuno aquella vez que operaron a la nena. La cortina ya estaba baja, pero todavía salía un poco de luz por abertura. "¿Si les golpeo y les digo que me siento mal, que me dejen pasar al baño?" Pero el coche, pegado a la vereda, formaba una barrera infranqueable entre él y ese cachito de luz que podía ser su salvación.

“La cosa está en llegar a la estación. Allí hay gente a toda hora y es fácil despistar. No voy a ir a casa, sería un disparate. Mejor me tomo un tren para algún lado.”

Apretó el paso. Siempre le había impresionado su manera de reaccionar ante el peligro. Era como si la cabeza, de golpe, se convirtiera en lo único que funcionaba en todo el cuerpo. La que reunía todas sus energías para buscar urgente, desesperadamente, la mejor salida.

“O la única —pensó—, Pero no, flaco, si saliste de tantas . . . Bueno, no es hora de empezar a contarte tu propia historia. Pensá mejor como te escapas de ésta”.

Si conseguía llegar hasta la estación estaba salvado. A las 0.40 salía el último tren para Varela. Era cuestión de alcanzarlo y llegar hasta Bosques. Allí estaba Lacho. ¿Cuánto hacía . . . tres, cuatro años que no tenía noticias de él? Desde el bautismo del último pibe, su ahijado, precisamente. Pero uno de esos amigos de fierro, y de los que no hacen preguntas. Se imaginó la cara de su mujer cuando les cayera a las dos de la mañana. Tan linda tipa la Marilú, tan decidida y alegre. Sí, con ellos no habría problemas; y mañana, o pasado, vería cómo salir de allí.

El auto seguía detrás, con una marcha lentísima; a ratos, se le adelantaba, como para darle la esperanza de que tal vez todo fuera un error, de que no era a él al que buscaban, y que después de jugar con su miedo seguirían su ronda nocturna. Pero para que engañarse. Ellos sabían quién era, y estaban ahí por él. Sentía como si un hilo invisible lo atara al coche, condicionando sus movimientos. En algún momento ellos tirarían del hilo, y como en la cinchada, ganarían los más fuertes. El otro quedaría en el suelo.

Y volvió a sentir ese viejo gusto amargo en la boca. Gusto a muerte, quizás, si es que la muerte puede tener algún sabor.

El había visto una vez su propia muerte en las imágenes borrosas de una pantalla improvisada. Era una noche de primavera, y casi de luna llena. La gente del barrio había sacado las sillas a la calle para ver la película que habían traído los muchachos del Fiat anaranjado. Alguien le había ofrecido un vaso de vino blanco. Los chicos jugaban a la pelota entre la gente, y alguna vez un disparo violento rebotaba contra los bancos, pero de nada servían los gritos iracundos de los mayores, tratando de alejarlos del lugar.

Sobre la pared blanca de una esquina desfilaban las imágenes de aquella madrugada de junio. El camión oscuro . . . Los hombres bajando de uno en uno, empujados desde arriba por los caños de los fusiles, con las caras desfiguradas por el miedo . . . La carrera desesperada entre los montones de basura, buscando la orilla salvadora y lejanísima del alambrado . . . Los disparos cortando el aire de la madrugada. Un muchacho rubio se doblaba sobre su estómago. La cámara se acercaba hasta enfocar solamente su rostro, y sobre la pared blanca aparecían los ojos hundidos por el terror, y la boca torcida en un grito definitivo.

Entonces ¿era tan fácil morir? ¿Eran esos ojos abiertos y ese grito largo y hondo como un túnel en donde se iba a hundir, para siempre, la vida de

uno? La vida . . . ¿qué era, al fin y al cabo? Seguro que el pobre pibe nunca se había puesto a pensar en esas cosas. Y se había muerto, nomás, como los otros que corrían desesperados, tropezando cien veces, hasta que ya no volvían a levantarse.

Y veía su propia cara que lo miraba desde la pantalla, y escuchaba su voz relatando la historia de aquella madrugada. Cómo había conseguido hacerse el muerto, detras de los montones de basura que lo ocultaban a medias. Cómo lo habían salteado en la recorrida final, cuando se acercaban a los cuerpos tendidos. Alguno todavía se había sacudido con el retiro de gracia.

Después, el ruido del motor que se alejaba. Y la espera interminable de la primera luz, entre la neblina y los vapores húmedos que se levantaban del basural. Ahí supo qué olor tenía la muerte. Y era igual al sabor que ahora le daba vueltas en la boca.

“Si me salvé de aquella —pensó— y de tantas otras, tengo que salir de ésta. Aunque a lo mejor, ahora sí se acabó de veras. Aquel refrán del viejo de que no hay tiento que no se corte . . . no me lo acuerdo bien en este momento. A ver si después ando mejor de la memoria.”

Pero pensó irónicamente que tal vez ya no hubiera después. Y que también eso era morir: un recuerdo que no se termina de armar, una frase que no se completa, un sueño que nunca va a realizarse, porque era solamente de uno.

“Y yo que le había prometido a la Berta llevarla este verano a Necochea. Qué lastima, pobre vieja, con la falta que nos hacía a los dos”, pensó absurdamente.

Y se dió cuenta de pronto de que se estaba entregando.

“No podés bajar los brazos, viejo, qué te pasa” —se dijo a sí mismo. Desde chico había tenido la costumbre de conversar con ese yo suyo, el más profundo, que a veces le daba consejos, lo aprobaba, o le pegaba un buen tirón de orejas. Y era el que nunca aflojaba, ni en las más negras —y había pasado muchas.

Pero ahora era distinto. Como si la máquina ya no pudiera tirar más. Tantos años metido en esto, y siempre había un motivo para seguir peleando. Motivo sí, también había ahora, pero faltaban las fuerzas. Ya estaba viejo. Que siguieran los muchachos llevando adelante la esperanza como una bandera.

“Como la bandera que llevábamos aquel día hacia la Plaza. Ya ni me acuerdo de cómo empezó la cosa. Pero ahí estábamos, desde todos los rincones de Buenos Aires. Y nos sentíamos tan fuertes . . . La gente cantaba . . . ¿cómo era aquello? Ah, sí:

Yo te daré,  
te daré, patria hermosa . . .

Hacía calor. Me acuerdo de que cuando llegamos a la Plaza, los compañeros aprovecharon para refrescarse en la fuente. Eso nunca nos lo perdonaron: que ensuciásemos ‘su’ ciudad . . .”

Y otra vez la Plaza, en una tarde gris de junio, años más tarde. El cielo cargado de humedad y salpicado de puntitos rojos que de pronto estallaban y dejaban caer su carga de muerte. En el aire se sentía el olor a derrota.

Después. la clandestinidad, la vida errante de casa en casa, los cambios de nombre y de cara y siempre la esperanza: "El" va a volver. Hay que organizarse, compañeros, hay que resistir, y hay que traerlo.

Las citas en los cafés, las reuniones en la madrugada, los planes del levantamiento . . . y el timbrazo, y los golpes en la puerta, y el camión oscuro en aquella noche de junio.

("Por algo no me han gustado nunca las noches de invierno; parece que están marcadas por la desgracia.")

Y el basural, y la huída, y los años en Bolivia, esperando a que se olvidaran un poco de uno para volver.

Y otra vez a pelear, y a reunir compañeros, y a conversar interminablemente, y a hacer proyectos nuevos. Cuántos pibes jóvenes se acercaban ahora, con una esperanza nueva. Y otra vez se hacía posible la marcha hacia la Plaza, y volvía el canto de ayer como despertando en las memorias:

Yo te daré,  
te daré, patria hermosa . . .

Y la ciudad era de nuevo una fiesta.

"Una fiesta que también se acabó pronto. Porque vino aquella otra noche con sabor a muerte bajo la lluvia de invierno. Las colas interminables para verlo a El por última vez, Lloraste ese día, negro, y no te dio vergüenza. No eras el único. De alguna manera todos sentíamos que se nos había muerto el viejo, el de cada uno. Y éramos como chicos que se quedan solos de golpe, sin saber para dónde disparar.

"No tuviste que pensarlo mucho, sin embargo. Y entraste otra vez en lo que ya era casi una rutina: borrarse, cambiar de nombre, olvidar todas las caras, todos los teléfonos, todas las direcciones".

Salvo una: que era, justamente, la última a la que podía llegar. Cuando por fin se encontraron con la Berta —sólo por unas horas— en aquel hotelito de Flores, se abrazaron muy fuerte, con toda la fuerza que les daban la soledad y el miedo de tantas semanas; y los dos sentían cómo se les paraba el corazón cada vez que se escuchaba una sirena, y después se largaba a un galope desatado.

Ella se encargó de cerrar la casita de la calle Biedma, y se mudó a otra que le consiguieron los compañeros. Menos mal que lo hizo rápido, porque al poco tiempo supieron que les habían caído por ahí, y lo que no se lo llevaron lo dejaron hecho polvo. Y había sido una casita tan linda . . . Aquellas siestas de domingo, sentados en el patio después del asadito, oyendo las torcazas de la Plaza Irlanda. El aire estaba impregnado del azul de los jacarandáes. De vez en cuando llegaban los gritos que festejaban un gol de Ferro, el silbato del globero, la campanilla del vendedor de helados, los golpes de las bochas contra la pared de madera . . .

A Berta le dolió mucho el cambio. Nunca decía nada, pero desde entonces empezó a ponerse vieja. Le molestaba el reuma en las manos, al levantarse; y ya no le daban ganas de salir a caminar un rato por el barrio, después de cenar. Tenía miedo la pobre, y era lógico. Ahora empezaba a entenderla. Precisamente ahora, que sentía ese miedo que paraliza, que da ganas de sentarse al borde de la vereda y esperar que pase, fatalmente, lo que tenga que pasar.

—Lo que tenga que pasar, sí. Porque yo ya no doy más. Perdóname, Berta. Perdónenme todos.

Y aflojó el paso hasta quedarse quieto, mirando los faros del coche como una liebre encandilada.

Después, la oscuridad.

